

EL 16 DE FEBRERO DE 1833

La noche del 16 al 17 de febrero de 1833 fué una noche bendita. Sobre sus tinieblas veíase sonreír el cielo. Fué la noche de boda de Mario y Cosette.

El día se había pasado en el colmo de la felicidad.

No había sido la fiesta imaginada por el abuelo; esto es, una hechicería con grupos de querubines y de Cupidos sobre la cabeza de los novios; un casamiento digno de figurar en la muestra de una puerta; pero había sido un día apacible y risueño.

En 1833 la moda de los casamientos no era lo que hoy. Francia no había tomado aun de Inglaterra esa exquisita delicadeza de llevarse á su mujer, de huir al salir de la iglesia, de ocultarse avergonzados de la dicha, y de combinar la conducta del que ha hecho bancarrota con las delicias del cántico de los cánticos. Aun no se había comprendido cuánta castidad y decencia hay en zangolotear su paraíso en una silla de posta, en interrumpir su misterio con los chasquidos del látigo del postillón, en elegir para lecho nupcial una mala cama de posada, y en dejar tras de sí, en la vulgar alcoba, á tanto por noche, el más sagrado de los recuerdos de la vida, confundido con las

conversaciones del conductor de diligencia y la Martornes de la posada.

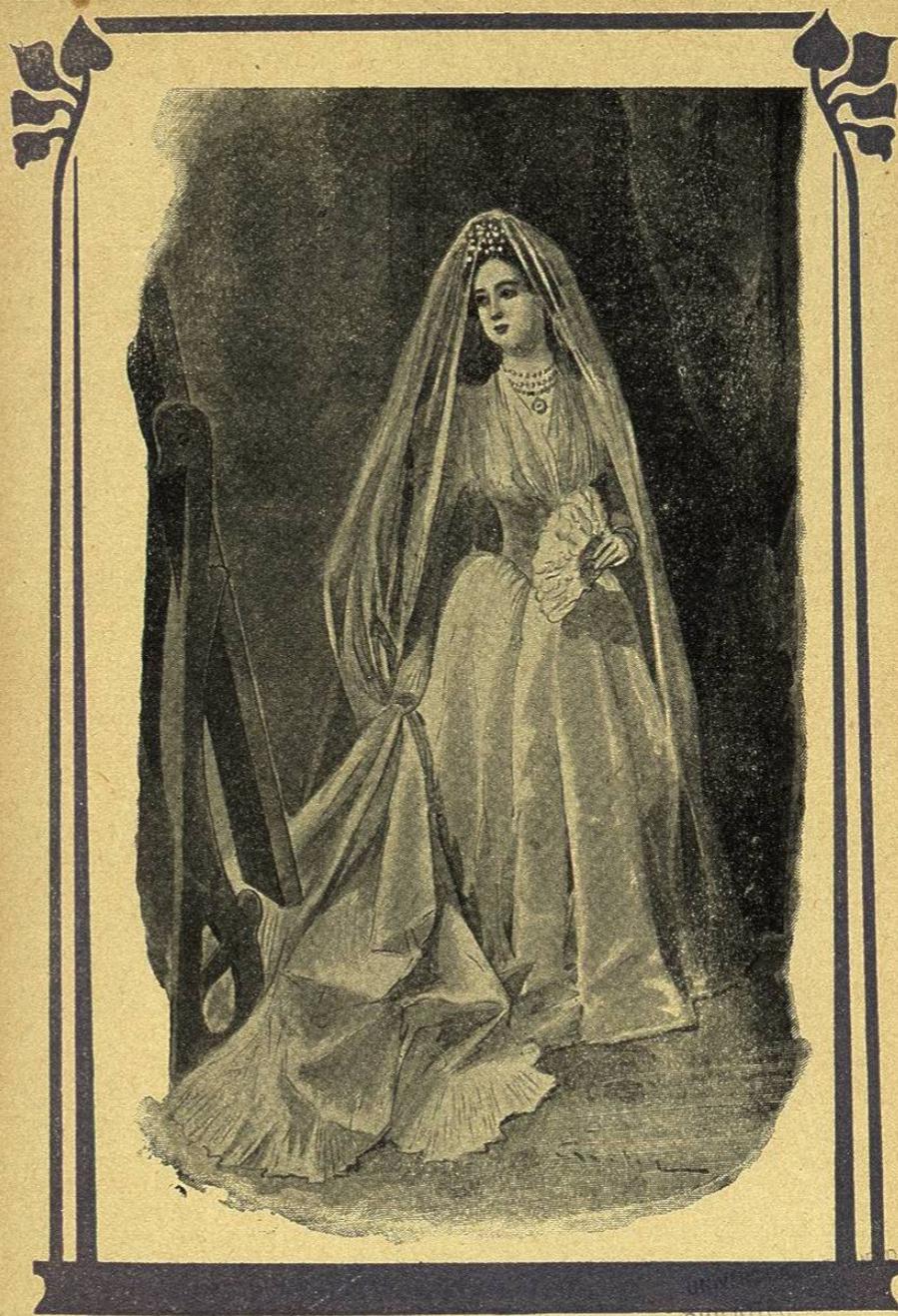
En la segunda mitad del siglo XIX en que estamos, no bastan el corregidor con su banda, el sacerdote con su casulla, la ley y Dios; necesita, para que la ceremonia sea completa, el postillón de Lonjumeau, con chaqueta azul de vueltas encarnadas y botones de cascabel con brazaletes de cuero, pantalón de piel verde, galones falsos, sombrero charolado, pelo largo y lleno de polvo, látigo enorme, botas de tres suelas, y unos cuantos votos á los caballos normandos de cola recogida, para armonizar el conjunto. Francia, es verdad, no lleva aun la elegancia hasta arrojar, como la nobleza inglesa, sobre la silla de posta de los novios, una granizada de chinelas rotas y zapatos viejos, recuerdo de Churchill, desde el tiempo en que Marlborough ó Malbrouck se vió atacado el día de su casamiento por la cólera de una tía, á cuyo ataque debió su fortuna; pero esperamos que, yendo en aumento el buen gusto, ese progreso no tardará en realizarse.

Tengamos paciencia, recordando que en 1833 no se conocía aun el casamiento en silla de posta.

En aquella época se creía ¡cosa extraña! que el casamiento es una fiesta íntima y social; que un banquete patriarcal no echa á perder una solemnidad doméstica; que la alegría, aun siendo excesiva, con tal de no traspasar los límites del decoro, no perjudica á la felicidad; y que, por último, es bueno y excita la veneración el ver que la fusión de los dos destinos de donde ha de salir una familia empiece en la casa, y que la cámara nupcial sea en el porvenir como un testigo de la fe jurada.

Teníase, pues, el poco pudor de casarse en su casa.

El casamiento de Mario y Cosette, siguiendo esta



Cosette en traje de boda

BIBLIOTECA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

moda, hoy abolida, se efectuó en casa del señor Gillenormand.

A pesar de lo natural y trillado de la materia, las amonestaciones, el arreglo de papeles, las diligencias en la parte civil, los trámites en la parte eclesiástica, ofrecen siempre alguna complicación. No pudo estar todo pronto antes del 16 de febrero.

Ahora bien; por el puro placer de ser exactos, diremos que el 16 de febrero era martes de Carnaval, lo cual dió lugar á vacilaciones y escrúpulos, en particular de la señorita Gillenormand.

—¡Martes de Carnaval!—exclamó el abuelo.— Tanto mejor. Hay un refrán que dice:

Si en Carnaval te casas
no habrá ingratos en tu casa.

Pero basta de día 16. Por ventura, ¿quieres que se aplace la boda, Mario?

—De ninguna manera,—respondió el enamorado joven.

—Casémonos, pues,—dijo el abuelo.

Efectuóse el casamiento el 16, á pesar de la alegría pública. Llovía; pero el cielo tiene siempre un rinconcito azul al servicio de la felicidad, que los amantes ven, aun estando el resto de la creación bajo un paraguas.

Juan Valjean había entregado la víspera á Mario, en presencia del señor Gillenormand, los quinientos ochenta y cuatro mil francos.

Habiéndose verificado el casamiento bajo el régimen de la municipalidad, los trámites fueron sencillos.

La tía Santos era en adelante inútil á Juan Valjean, por cuya razón Cosette se quedó con ella y la promovió al grado de doncella suya.

En cuanto á Juan Valjean, había en la casa del señor Gillenormand un bonito cuarto amueblado expresamente para él, y Cosette le dijo con tan irresistible acento:—«Padre, aceptadlo, os lo ruego,»—que Juan Valjean le ofreció ir á habitarlo.

Unos días antes del fijado para el casamiento, sucedió á Juan Valjean un fracaso. Habíase lastimado el dedo pulgar de la mano derecha; y sin ser cosa grave, como que no permitió que nadie le curase, ni que nadie viese siquiera en qué consistía la lastimadura, tuvo que envolverse la mano en un lienzo, y llevar el brazo suspendido de un pañuelo, por lo cual no le fué posible firmar. Hízolo en su lugar el señor Gillenormand, como tutor sustituto de Cosette.

No conduciremos al lector, ni al corregimiento, ni á la iglesia. No se sigue hasta allí á dos enamorados, y la costumbre es volver la espalda al drama desde que se adorna con el ramo de novio. Nos limitaremos, pues, á tomar nota de un incidente que, sin advertirlo la nupcial comitiva, acaeció en el tránsito de la calle de las Monjas del Calvario á la iglesia de San Pablo.

Reparábase á la sazón la extremidad del Norte de la calle de San Luis, y estaba interceptada á partir de la calle del Parque Real, no pudiendo, por lo tanto, los coches ir directamente á San Pablo. Hubo que cambiar de itinerario, y lo más sencillo era torcer por el boulevard. Uno de los convidados observó que, siendo martes de Carnestolendas, habría allí grande acumulación de carruajes.

—¿Por qué?—preguntó el señor Gillenormand.

—Por las máscaras.

—Perfectamente,—dijo el abuelo.—Vamos por ese lado. Estos jóvenes, casándose, entrarán en la parte seria de la vida, y bueno es que se preparen viendo antes las máscaras.

Se siguió el camino del boulevard. En la primera berlina iban Cosette y la señorita Gillenormand, con el señor Gillenormand y Juan Valjean. En la segunda iba Mario, separado todavía, conforme al uso establecido, de la novia.

La comitiva nupcial, saliendo de la calle de las Monjas del Calvario, tuvo que formar parte de la larga procesión de coches que rodaba de la Magdalena á la Bastilla, y de la Bastilla á la Magdalena.

Las máscaras abundaban en el boulevard, no obstante que llovía por intervalos. París, con el buen humor del invierno de 1833, se había disfrazado de Venecia. Hoy no se ven martes de Carnaval por el estilo. Como en el día todo es puro Carnaval, no hay ya Carnavales.

Las travesías estaban llenas de gente, y las ventanas de curiosos. Veíanse coronadas de espectadores las azoteas de los peristilos de los teatros. Además de las máscaras, se miraba aquel desfile, propio del martes de Carnaval lo mismo que de Longchamps, de vehículos de todas clases más ó menos lujosos, que iban ordenadamente, uno tras otro, como embutidos en los rails de un camino de hierro, obedeciendo sumisos los reglamentos de policía.

Los que ocupan estos vehículos son á la vez actores y espectadores. Algunos municipales, colocados en los extremos, cuidaban de que no se interrumpieran las dos interminables filas paralelas, que se movían en sentido contrario, los dos arroyos de carruajes que corrían, uno hacia arriba y otro hacia abajo, uno buscando la calzada de Antín y otro el arrabal de San Antonio.

Los coches con escudos de armas, pertenecientes á pares de Francia y embajadores, caminaban por el centro de la calzada, yendo y viniendo sin que nadie se lo estorbase. Disfrutaban igual privilegio ciertas